

**ALESSANDRA BOCCHETTI**

## **Cuándo cómo porqué del Centro cultural Virginia Woolf de Roma \***

**Un relato de las intenciones y de los primeros años de vida de una de las “instituciones” más conocidas de la política de las mujeres en Italia.**

El clima en el que se forjó la idea del Centro era pesado. Era un momento de crisis. Lo que confirma que toda crisis contiene la potencia de algo nuevo, siempre que no nos dejemos asustar y, sobre todo, si se consigue mantener abierta la posibilidad de una auténtica escucha de los acontecimientos y de los deseos propios. Una de entre nosotras decía: para una mujer desear no es problema, ¡desea tantas cosas!; ahora bien, no debe asustarse, ni humillarse por la enormidad de su deseo o por el esfuerzo necesario para realizarlo.

El final de los años 70 fue difícil. Los colectivos que habían dado vida al gran movimiento de las mujeres de aquellos años habían consumido sus energías. Las grandes luchas por la legalización del aborto habían terminado. La autoconciencia -ese trabajo extraordinario consistente en decir de sí misma y escuchar a las demás, a través del cual las mujeres habían reconocido felicidad e infelicidad comunes y habían roto de esta manera la raíz de un aislamiento interior- se

\*. Traducción de Maite Larrauri

había agotado. En los colectivos comenzaron a ocupar espacio algunas voces solistas, las de aquellas mujeres que sentían la exigencia de una síntesis política de todo lo que se había vivido y atravesado. Pero esas voces, en lugares como los colectivos en los que las sillas estaban puestas en círculo, eran mal toleradas. Los colectivos eran lugares de sororidad, de igualdad entre mujeres, eran los lugares del relato, un trabajo de síntesis era imposible.

Pero el país entero atravesaba una crisis profunda. Se iniciaban los años de plomo, los años del terrorismo. En marzo del 78 Aldo Moro, el entonces presidente del Parlamento italiano, fue secuestrado, en mayo fue asesinado y su cuerpo fue encontrado en un Renault rojo aparcado cerca de la sede de la Democracia Cristiana. Todos y todas estábamos en un estado de shock, parecía que ya no hubiera espacio para pensar, para hablar, para desear.

Pero había ganas de continuar, de no quedarse de lado. Ante todo había necesidad de llevar adelante lo que habíamos entendido en aquellos años: que la mujer no sólo era un objeto discriminado, limitado, sino que más bien era una criatura con necesidad de mirar el mundo a través de su propia experiencia. Para nosotras estaba claro que no sólo teníamos necesidad de justicia sino también de aprender a partir de nuestra experiencia de mujeres y que, de esa manera, partiendo de nosotras mismas, había todo un mundo por descubrir. Si antes nos habíamos concedido escucha, ahora necesitábamos atención especial. En ese clima tomó forma la idea del *Centro Cultural Virginia Woolf*.

El *Centro Cultural Virginia Woolf* fue el lugar de nuestra atención, un lugar de intenso ejercicio.

La que tuvo la idea fue Michi Staderini, una mujer que había participado en el movimiento feminista desde los años sesenta, una mujer enérgica y creativa, que sabía transmitir entusiasmo por sus ideas a las demás. El grupo fundador estaba compuesto de diez mujeres Todas procedían del feminismo, aunque de experiencias

diferentes. Unas del colectivo "Mujeres y cultura", otras del colectivo "Mujeres y psicoanálisis", yo misma del "colectivo Ripetta", un colectivo de estudio que tomaba su nombre de la calle, vía Ripetta, en la que se encontraba nuestra sede, un hermoso apartamento a las orillas del Tíber. Allí estudiábamos, ésa era nuestra práctica. No era un colectivo muy bien visto por las demás ya que estudiábamos libros de varones, eso es lo que se decía. En aquellos tiempos el separatismo era una regla férrea. Durante aquellos años habíamos estudiado a Nietzsche, la escuela de Frankfurt, Benjamin, todo el postestructuralismo, mucho Foucault, Deleuze. Pero incluso esa experiencia había terminado, no podía seguir adelante indefinidamente. En lo que a mí respecta, necesitaba acción.

Durante un año nos reunimos, cada semana, hablando del proyecto, enfocándolo, estudiando la manera de realizarlo. Nos reuníamos en nuestras casas por turno. Y en cada ocasión, cada una de nosotras poníamos mil liras en una caja. De esta manera reunimos nuestros primeros fondos.

Mirar el mundo con ojos de mujer significaba reatravesar todo lo que había sido dicho, todo lo que había sido pensado. Ejercer el propio juicio, de eso se trataba. En años precedentes habíamos leído *Speculum* de Luce Irigaray, nos parecía una *acción* fuerte, ejemplar a nuestro entender, releer a Freud a partir de la experiencia de una mujer, criticarlo a partir de su juicio. Eso es lo que queríamos hacer, pero no sólo con el psicoanálisis sino con todo, con la antropología, con la sociología, con la historia, con el cine, con la literatura, con la filosofía y con el resto.

Decidimos estructurar el *Centro* como una universidad, dividiendo las actividades por materias. Esta idea no era del gusto de todas porque era como aceptar una división oficial de los saberes, exactamente lo que por otra parte rechazábamos. Pero con todo decidimos que aquello era tan sólo el punto de partida y que después cambiaríamos, que la solución que no encontrábamos de momento, si hacíamos las cosas bien, acabaría por presentárenos.

En cuanto a la sede -también eso constituyó un problema-, ocupamos algunas salas de la planta baja de un edificio de Governo Vecchio, ya ocupado casi por entero por otros colectivos feministas. Se trataba de un edificio del S.XVI, bellissimo, enorme y casi en ruinas. Nuestro espacio estaba circunscrito, logramos incluso poner calefacción. Hicimos 4 aulas, una de ellas grande, además de la secretaria. Una noche lo ocupamos, armadas de ganzúas y palanquetas. Recuerdo cómo alguien de la calle, al oír todo aquel ruido de descerrajamiento, llamó a la policía. Ninguna de nosotras tuvo miedo. Relatándolo ahora me parece increíble, pero la presencia de un movimiento fuerte, o mejor dicho, su recuerdo aún vivo, nos autorizaba a hacer lo que estábamos haciendo. El límite entre lo lícito y lo ilícito no existía. Hoy en día ya no sería así. Hoy la policía nos arrestaría inmediatamente. Entonces permaneció a la entrada del edificio y no pasó. Nosotras estuvimos allí toda la noche, en medio de una fiesta alegrísima, en los nuevos espacios conquistados a los que habíamos invitado a todos los colectivos del edificio. Al alba habíamos terminado y también la policía se había ido ya.

Una cosa estaba clara para todas: que en aquel lugar no pondríamos las sillas en círculo. Introducíamos la figura de la docente. En aquellos momentos se trataba de un gesto valiente. Éste era uno de los puntos que más habíamos discutido durante el año de preparación. Sabíamos que era una elección que sería muy criticada. Pero queríamos romper con una tradición que había agotado su carga vital. Poner en el centro a una mujer, pedirle que pusiera en común su saber, pensar que se podía aprender de ella, todo eso era importante. Como era importante poner enfrente de ella a un público de mujeres que la anclaban a su ser mujer. Ponerla enfrente de una demanda de saber no neutral, algo que no podía suceder en la universidad. Las mujeres que escuchaban no querían sólo saber más, querían sobre todo encontrarse en los modos de saber. No querían aprender, sino que, precisamente, querían saber, encontrarse. Saber es ese *movimiento* que garantiza al mismo tiempo el objeto de tu búsqueda y tú misma.

Habíamos imaginado ese círculo virtuoso en el que cada una tenía algo que tomar para sí y algo que dar a otra.

Acabar con la falsa idea de la neutralidad del saber, ésa era la finalidad de nuestra empresa.

No fue difícil encontrar a las docentes. En el feminismo de aquellos años habían participado muchas mujeres que enseñaban en la universidad: profesoras de historia, de literatura, filólogas, antropólogas, sociólogas, filósofas. Muchas de ellas aceptaron con entusiasmo nuestra propuesta y se metieron en el juego con pasión. Establecimos a través de estas docentes un vínculo muy estrecho con la universidad en aquellos primeros años, aunque se tratara de un vínculo informal: el curso que se seguía en el Virginia Woolf podía valer como curso monográfico en el examen oficial. Esto era importante porque, en cierto sentido, significaba salir de la marginalidad. No queríamos ser en absoluto ni un lugar alternativo ni un lugar marginal. El sentido de la operación era dar un significado de centralidad al saber producido en aquel lugar. Y además eso significaba también atraer a las estudiantes, mujeres jóvenes, que no habían participado en aquellos años de feminismo. Significaba comenzar a comunicar con otra generación de mujeres.

Aún cuando al día siguiente de la inauguración del *Centro* encontramos escrito en nuestra puerta una pintada que rezaba "La cultura es toda mierda", fue un gran éxito. Muchos periódicos hablaron de nuestra iniciativa. En el primer año se inscribieron en actividades variadas más de 200 mujeres. Los cursos tenían lugar por las tardes, hasta la noche. Algunos grupos de prácticas se sumaron inmediatamente a los cursos. El más concurrido era el de lectura de la prensa. Una vez a la semana, una periodista proponía la lectura de algunos artículos que a ella le parecían importantes para el discurso que estaba planteando. Ese discurso podía tener que ver con la política institucional, o con la política internacional, o con la crónica de sucesos. La crónica de sucesos era apasionante porque las historias de vida se comentaban, se intentaba siempre una

lectura a partir de la experiencia de vida de las mujeres. Se discutía intensamente. Eran jóvenes periodistas las que hacían la lectura de la prensa, hoy algunas de ellas son firmas prestigiosas del periodismo italiano.

También estaba el grupo de lectura de poesía. Se leía a Silvia Plath, a Emily Dickinson. Recuerdo que era un grupo muy cerrado, celosísimo de su propio trabajo. No se podía una dejar caer por allí, no te facilitaban la entrada.

Las reuniones eran semanales y todas comenzaban bastante tarde. Nunca antes de las cinco. Habíamos estado discutiendo bastante para entender cuál era el horario idóneo para permitir que el mayor número de mujeres viniesen al *Centro*. Decidimos que de cinco a ocho, pero siempre se quedaba alguna excluida, era inevitable.

Mi primer seminario fue sobre el cine de Marguerite Duras. No porque me gustara sobremanera, sino porque quería entender el fenómeno Duras, lo que Duras era capaz de suscitar en sus espectadores. En París había visto a la gente hacer cola durante horas, a veces bajo la lluvia, para ver su "India song", estaba en cartel desde hacía años y todos los días era lo mismo. Una vez tuve la ocasión de hablar con ella y me dijo que todas las noches había muchachos que dormían en el rellano de su casa. Le pregunté que por qué y ella me respondió: "no lo sé". Eso era lo que yo quería entender. Trabajamos durante tres meses y al final lanzamos la hipótesis de una estética prenatal. Así dicho puede mover a risa, pero en realidad, todavía hoy constituye para mí una clave esencial para entender el cine de Duras. No me refiero, claro está, a las películas extraídas de sus libros, sino a las películas que ella había dirigido. Aquellos travellings sin fin, acompañados de su voz que relataba historias, te hipnotizaban. Ella te llevaba adonde le daba la gana, te relataba lo que quería, su deseo era el que mandaba. Si te dejabas llevar, sucedía algo mágico en tu cabeza, si no, aquel cine te resultaba insoportable y odioso. Era un cine que creaba dependencia, hacía subir hasta la superficie el deseo secreto de ser "llevada",

hablaba de una pasividad feliz, de una especial armonía perdida. Todo esto nos lo contábamos, cada una hablaba de sí misma, de sus propias sensaciones, de sus propias resistencias, de sus propios sufrimientos. Poco a poco todo ello tomó forma en una clave de lectura.

Hablábamos con absoluta libertad. Hoy ya no es así. Hoy los lugares de las mujeres han devenido *polis*, lugares en los que una se expone, ya no se puede hablar con absoluta libertad. Es una buena señal, naturalmente, es una señal de que se tiene algo que perder; pero nada me puede impedir tener una cierta nostalgia de aquellos primeros tiempos, de aquella palabra libre, nueva. De aquel vacío de todas las palabras precedentes para encontrar otras, profundamente sentidas, para explicar las cosas.

Comenzaron pronto los seminarios que tenían como objeto directamente la experiencia. Nos estábamos separando del saber dividido por materias. Lo que no estaba claro al principio, por lo que elegimos la división clásica por disciplinas, se volvió muy pronto diáfano: teníamos que trabajar sobre la experiencia de cada una de nosotras. Comenzaron los extraordinarios años de investigación sobre la relación con el tiempo, con la madre, con la política, con el amor, con el poder... Cada una aportaba su experiencia para trabajar sobre ella, hacía "laboratorio" con sus pensamientos, con los deseos, las contradicciones, los sentimientos, la impotencia y la felicidad propios. Práctica de grandísima generosidad. Lo que nos guiaba era la pasión de entendernos a nosotras mismas en relación con el mundo y el mundo en relación a nosotras mismas. Todas poníamos lo mejor de nosotras mismas, pero las mejores eran las mujeres que menos estudios tenían. No lo digo por hacerme la original. Era exactamente así. Siempre he recibido muchísimo de las mujeres que no eran cultas, no tenían mucho que defender, tan sólo la verdad de lo que decían. Estoy en deuda con ellas. Nosotras, mujeres cultas, éramos más prudentes, aunque camináramos por vías desconocidas, de vez en cuando sacábamos carteles señaladores conocidos -"estructuralismo" por aquí, "idealismo" por allá, "platonismo" o

“materialismo” por acullá- que nos obstruían la cabeza. De esta manera éramos menos generosas y quizá menos fidedignas. El juego era decididamente un poco zen: hacer el vacío y dejarse pensar. No era en absoluto fácil.

El público del *Centro* era verdaderamente especial, había enseñantes, profesionales, empleadas, amas de casa, mujeres que apenas sabían leer y escribir y mujeres con dos o tres licenciaturas. Mujeres mayores y más jóvenes. No estaban las jovencísimas, pero eso es una realidad común a los movimientos feministas de todo el mundo. Y todavía hoy constituye un problema.

Se trabajaba conjuntamente, eso era lo extraordinario y casi siempre el trabajo lograba sus objetivos. Sentíamos como recurso la diferencia entre nosotras. El intervalo de una semana entre un encuentro y el siguiente nos parecía demasiado largo.

Comenzábamos a preparar el programa del año en el mes de septiembre, las actividades se iniciaban en noviembre. Para frecuentar los cursos había que inscribirse y pagar una cuota. La cuota era, ha sido, siempre muy baja, accesible a todas. También esto constituyó una revolución, no poco lo discutimos. Pero nuestra intención era salir de la gratuidad que, al final, siempre tiene un efecto desvalorizador cuando se trata de actividades que se dirigen a un público. Conocíamos bien la historia de las mujeres y sabíamos que era un nudo de contradicciones. Nos parecía muy importante conferir valor al trabajo que estábamos haciendo, al lugar, al compromiso de tantas mujeres. El *Centro* ha vivido de su trabajo, las contribuciones que el Estado ha concedido, al amparo de la “Educación permanente”, han sido irrisorias. A menudo ni siquiera las solicitábamos. Hoy pienso que esto no estaba bien hecho, porque en la intención de valorizar nuestra empresa tenía que haber estado presente también una relación con las instituciones. Pero entonces no pensábamos de esa manera. Pensábamos que estábamos “fuera” y de ese “fuera” nos sentíamos muy orgullosas. En aquel entonces esa idea era necesaria, garantizó una libertad especial. Esa idea ha pesado en

sentido negativo en un cierto momento de nuestra historia. Todo el trabajo de la organización era trabajo no pagado y tampoco se pagaba a ninguna de las docentes. La gratuidad que se quería superar se volvía a presentar necesariamente, la hacíamos salir por la puerta y entraba de nuevo por la ventana.

El *Centro* ha ido cambiando en el curso de los años. Ha devenido más político -ésta es la segunda fase- y menos "cultural". Han cambiado las actividades, el tipo de personas que lo frecuentan, ha cambiado la demanda, ha cambiado la sede. Pero a lo largo de los años, veinte ya, el *Virginia Woolf* ha mantenido su centralidad en el debate político. Todavía es un lugar con autoridad, muy presente. Los años de su fundación marcan su anclaje en la vida material, en la concreción, en el rechazo de las ideologías y de los prejuicios, en el gran entusiasmo de producir pensamiento conjuntamente. Tengo nostalgia de aquellos años, es verdad, como una planta podría tener nostalgia por la semilla de donde nació. Más que nostalgia, gratitud.